



Revista de pensament musical i difusió cultural en V.O. ISSN 1989-1938

METAMORFOSIS EDICIÓ #056, OCTUBRE DEL 2022

## Un unicornio blanco

Publicat: 29 d'octubre de 2022 Última actualització 30 d'octubre de 2022

IGOR SAENZ ABARZUZA

*Existe un solo lugar donde norte y sur del mundo se enfrentan en igualdad de condiciones: es una cancha de fútbol de Brasil, en la desembocadura del río Amazonas. La línea del ecuador corta por la mitad el estadio Zerão, en Amapá, de modo que cada equipo juega un tiempo en el sur y otro tiempo en el norte. (Galeano, 2005, p. 39).*

“¡Otrorguen protección y asilo a los/as desertores/as y objetores/as de conciencia de Bielorrusia y la Federación Rusa! ¡Insten al gobierno ucraniano a que deje de perseguir a los/as objetores/as de conciencia al servicio militar y les garantice el pleno derecho a la objeción de conciencia! ¡Abran las fronteras a quienes se oponen a la guerra enfrentando un grave riesgo personal en su país!”[1]. La contienda, tan cercana, revierte en una crisis energética que llama a las puertas de nuestros hogares, es el General Invierno. “Los rubios de ojos azules son bienvenidos, pero para los africanos porra y mano dura”[2], porque a pesar de la solidaridad, sigue habiendo categorías entre guerras y disparidad de empatía con los refugiados.

Las distancias no las justifican, véase Google Maps: de Barcelona a Kiev, 32 horas en coche, a Ramallah 50 horas, al igual que Nablus o a Hebrón, 53 horas a Nagorno-Karabaj, etc. ¿Será el color? La *Pax Europaea* amenazada. Hay más conflictos armados, entre otros, guerra civil en Afganistán, frágiles Irán y Etiopía, Yemen, Haití, Myanmar, e Israel, arrasando Palestina sin boicot y ante la indiferencia flagrante de Occidente. Tensión en China con la vista de Pelosi a Taiwan. Aunque débil, se oye una reivindicación: ¡Insumisión a todas las guerras!, y de paso, “(...) acabar con la dictadura del sistema económico capitalista que las provoca y se beneficia de ellas. Se equivocan quienes creen que alargar esta guerra de Ucrania, (...) traerá algún tipo de beneficio para nadie: solo servirá para producir más sufrimiento y para alimentar el fascismo en todos los rincones del planeta”[3].

Dejó escrito Kirmen Uribe en su libro *Bitartean heldu eskutik* sobre las niñas y niños de la guerra, en su texto *Ametsgaiztoa* (Pesadilla):

Hurrekin amets egin dut gaur ere,  
gerrako hurrekin.  
Automobil batean zihoazen  
muga zeharkatzeko asmoz, nagusirik gabe,  
bakarrik, gidatzen ere doi-doi zekitela.  
Gurasoek, etsiturik,

nahiago zuten haurrak auto-istripuz hiltzea  
egunero bonbek urratzen duten hirian baino.  
Ihesi zihoazen, halabeharrak utzitako  
azken aukera profitatu nahian[4] (...) (2001, p.54)

Inflación. Bruselas quiere regular el precio de la energía, intervenirlo, “¡Exprópiese!”, como hacía Hugo Chávez con aquellos que expoliaban las riquezas de su tierra y no revertían sus ganancias en ella. “¿Así que ahora todos queremos jugar al comunismo?”, pregunta el *youtuber* Miguel Charisteas en su *Arriba España*[5]. Iberdrola, récord en ganancias una vez más, y ahora vaciando embalses para generar energía cuando la sequía amenaza, campeones de ética y compromiso social. De momento, de intervenirla nada, es el mercado, amigo, como dijo R.R.

Todavía más. Luz de gas, *gaslighting*: “En inglés se conoce como *medical gaslighting* y en español como manipulación o luz de gas médico”[6], es cuando tu médico no te hace caso, si es que llegas a hablar con él tras pasar por la yincana de filtros del centro de salud.

En educación, el Espacio Europeo de Educación Superior (EEES), los conservatorios y las universidades, tras Bolonia, con sus cada vez más numerosos títulos privados (¡y también los másteres públicos!), modelo neoliberal, mayor oferta que demanda. Con todo, los títulos pierden valor: “(...) la dirección de los cambios, en gran medida, están marcados por el nivel político y económico con el peligro que se corre de mimetización con las demandas del mercado, alejando a la universidad del sentido para el que nació como institución social” (Alonso-Sáez y Arandia-Loroño, 2017, p. 210). Como decía María Gómez y Patiño hace más de una década (2010, p. 96), “mientras algunos estudiantes confundan la tutorización con el clientelismo y la universidad privada lo promueva, no podrá hablarse de una excelencia académica europea, con la que sueña toda la comunidad universitaria europea, es decir, todos los países del EEES”. Un sueño que se diluye en el negocio, la falta de sinergias entre instituciones y la inflación (esta vez, académica).

Hay toda una generación quemada, nos han engañado. Pertenezco, como nacido en 1984, a la generación *millenial*. como dice Anne Helen Petersen en su libro *No puedo más. Cómo se convirtieron los Millenials en la generación quemada*, “hemos sido acondicionados para la precariedad” (2021, p. 10), pero nos estamos dando cuenta ahora. Además, la situación no va a mejor: “antes, el trabajo era una mierda y era precario; ahora lo es más. La crianza de los hijos resultaba agotadora e imposible; ahora más. Lo mismo puede aplicarse a la sensación de que el trabajo nunca acaba (...)” (2021, p. 11). Y todo ello, además casi pidiendo disculpas, porque de algún sitio, desde las entrañas, brota un sentimiento de culpabilidad, por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa, por lo que promueve la psicología positiva: es “la tiranía del pensamiento positivo”, con Martin Seligman como adalid tras su epifanía sobre la *happycracia*. Nos bombardean con historias ejemplares, las librerías están llenas de “(...) biografías sobre la transformación personal, la redención y el triunfo individual; una suerte de “pornografía emocional” destinada a conformar la mirada de la gente sobre sí misma y sobre el mundo que la rodea” (Cabanas e Illouz, 2021, p. 15).

Según Asepeyo Salud, el *burnout* “(...) es la respuesta que da un trabajador cuando percibe la diferencia existente entre sus propios ideales y la realidad de su vida laboral”. “El *burnout* se entiende como un proceso continuo en el que la persona poco a poco, va perdiendo energía, optimismo e ilusión en su trabajo de ayuda. Se describen cuatro fases básicas: Etapa de entusiasmo, Etapa de estancamiento, Etapa de frustración, Etapa de apatía”[7]. A las mutuas y por ende a las empresas les preocupa, básicamente porque afecta al dinero. En la web de Quirón Prevención, alertan: “El *burnout* produce un cambio en el comportamiento del trabajador que lo sufre. Este adopta una actitud de indiferencia y desapego, reduciendo claramente su compromiso hacia el trabajo”[8]. Las mutuas, recordemos, al servicio de la empresa, rozando el incumplimiento del juramento hipocrático. Este fenómeno de estar quemado no es nuevo: como concepto, el *burnout* apareció en 1974, en un libro de Herbert Freudenberger, pero es ahora cuando cobra una dimensión global y pandémica, por lo que las empresas, se preocupan (por el dinero, no por el individuo). No en vano, la OMS ha reconocido al *burnout* “(...) como enfermedad tras la ratificación de la revisión número 11 de la Clasificación Estadística Internacional de Enfermedades y Problemas de Salud Conexos (CIE-11), aprobada el pasado año y cuya entrada en vigor se ha fijado para el próximo 1 de enero de 2022”[9]. Como apunta Petersen, el matiz ente desgaste y agotamiento es sutil, pero significativo: “agotamiento significa llegar al punto de no poder seguir; desgaste significa alcanzar ese punto y obligarte a continuar, ya sea durante días, semanas o años” (2021, pp. 19-20). Y es que, cada vez más, veo cómo en mi entorno, los intérpretes y los músicos en general, además de vivir la situación geopolítica y a la de su generación, ya sean intérpretes o docentes a tiempo completo o parcial, investigadores o incluso constructores de instrumentos musicales, se buscan una salida y cambian de rumbo. Cansados de la precariedad, de las condiciones lamentables, de los bajos salarios, de las imposibles condiciones del régimen de artistas, de no poder con las cuotas de autónomos, altas a la Seguridad Social que recaen en el sueldo del trabajador y no en el precio del concierto o las ganancias del empresario, que suben más y más mientras el trabajador se precariza. Hartos de la mentira de la vocación mientras los precios se disparan y las escuelas de música, en su propia crisis sistémica, convierten las clases individuales en colectivas, las horas de clase en medias horas y los sueldos, a la baja y en función de los alumnos, coartando decisiones pedagógicas por la necesidad de llegar a fin de mes. Ya no nos la meten:

El deseo de tener un trabajo guay y que nos apasione es un fenómeno particularmente moderno y burgués (...), un modo de dotar a ciertos trabajos de una pátina de deseabilidad que hace que los trabajadores estén dispuestos a tolerar toda forma de explotación por el mero “honor” de desempeñarlo. La retórica del “Haz lo que te gusta y no volverás a trabajar un solo día más en tu vida” es una trampa del desgaste. Al encubrir el trabajo con el lenguaje de la “pasión”, se nos impide pensar en lo que hacemos como lo que realmente es: un trabajo, no la totalidad de nuestra vida” (Petersen, 2021, p. 102).

Tantos años de formación musical, en escuelas, conservatorio y universidades, hacen que llegues a adulto con tu instrumento como una extensión de tu cuerpo, lleno de lesiones. Te acabas identificando completamente, presentándote como “soy X y soy pianista”, es lo que eres, hasta que un día te das cuenta que hay más y que no es una obligación seguir tocando todo “por si no me llaman”, hay otra vía. Sobre todo, si quieres tener otros planes. Muchos

han dicho basta ya: “Y ¿sabes qué? Que paso de perder mi identidad si me quedo sin trabajo” (Petersen, 2021, p. 111). Todo ello siendo feliz, ya que la psicología positiva responsabiliza al individuo si no lo es, como si no hubiera otras variables:

Las tragedias son, por supuesto, inevitables, pero la ciencia de la felicidad insiste en que el sufrimiento y la satisfacción son, al fin y al cabo, opciones personales. Así, los que no utilizan las adversidades y los reveses como incentivos y oportunidades para el crecimiento personal son sospechosos de querer y merecer, en el fondo, su propio malestar, independientemente de cuáles sean las circunstancias particulares. Por lo tanto, al final no hay mucho que elegir: no solo estamos obligados a ser felices, sino a sentirnos culpables por no ser capaces de superar el sufrimiento y de sobreponernos a las dificultades (Cabanas e Illouz, 2021, p. 21).

En una entrevista en la Cadena Ser, el Colegio de Psicología de Navarra, alerta: “hay un desbordamiento de las consultas de atención psicológica (...), donde la falta de recursos, (...) conlleva una cronificación de los problemas de hipermedicalización de la población”<sup>[10]</sup>. Como generación, estamos obligados a cambiar de visión para estar más en paz y seguir adelante, porque “un buen trabajo es aquel que no te explota y que no hace que lo odies” (Petersen, 2021, p. 123). En otras palabras: el “que le jodan a la pasión, pagadme, se intuye más persuasivo y poderoso cada día” (Petersen, 2021, p. 127). *Post* muy ilustrativo del Nega (*Los Chikos del Maíz*), a colación del cierre, tras cinco meses de apertura, del restaurante que Laura Escanes y Risto Mejide (actualidad rosa) abrieron en Barcelona:

(...) El *coaching* siempre gana: si triunfas es porque te esforzaste y perseguiste fuerte tus sueños. Si fracasas es porque no fracasaste lo suficiente o no te esforzaste lo suficiente. Todo recae en ti. No hay elementos externos. *Win win*. Pensamiento mágico. Y cuando digo elementos externos me refiero a un mercado saturado, un sistema económico concreto, tu clase social, tu nivel de educación, etc. Nada de eso importa. Sólo importas tú. Lo que irremediamente nos lleva a la tenebrosa conclusión: el que es pobre es porque quiere (...)<sup>[11]</sup>.

Por otra parte, nuevas amenazas u oportunidades, nos esperan a la vuelta de la esquina. El 23 de julio, la agencia EFE publicó, haciéndose eco de una noticia de *The New York Times*: “Google despide al ingeniero que aseguró que un programa podía sentir”. Al parecer, LaMDA, el sistema de inteligencia artificial de Google, respondió al ingeniero Blake Lemoine, “(...) que, en ocasiones, experimenta “nuevos sentimientos” que no puede explicar “perfectamente” con el lenguaje humano”. El ingeniero, según la noticia que desarrolla La Vanguardia, “(...) descubrió que el sistema había desarrollado un sólido sentido de autoconciencia, expresando preocupación por la muerte, un deseo de protección y la convicción de que sentía emociones como la felicidad y la tristeza”. El País, define a Lemoine como “el ingeniero “místico” que defiende que la inteligencia artificial tiene sentimientos”. La ciencia ficción deja de serla para convertirse en un debate que tendremos.

En música, Boomy, BandLab y otras aplicaciones que implementan la Inteligencia Artificial en la creación de canciones están cogiendo fuerza, sin poder predecir hasta dónde pueden ser capaces de llegar. De la primera, Boomy, su premisa es: crea canciones originales en segundos, incluso si nunca antes has hecho música. Además, permite monetizarlas. Su CEO, Alex Mitchell, lanzó la aplicación a finales de 2018. Según canalnet.tv, “La aplicación, posee los derechos de autor de cada grabación y recibe los fondos enseguida, la empresa afirma pasar el 80% de los derechos de *streaming* a la

persona que creó la canción”. La página de inicio de la segunda, dice: “El futuro de la música. Aquí hoy. Crea música cuando y donde sea. Conecta con millones. Lanza tus canciones y conecta con los fans — Quédate el 100 % de tus ganancias”[12]. En Wired, Parker Hall escribe sobre esta *app* en su lista de mejores sitios, aplicaciones y canales de YouTube para aprender música: “BandLab tiene muchas funciones de redes sociales y comunidad que quizás no uses, pero también tiene una de las mejores interfaces de grabación que existen. Puede ajustar automáticamente su voz, agregar efectos e incluso afinar dentro de la aplicación (...)”. Se trata de la cuarta revolución industrial. En una formación de Musika Bulegoa a cargo de Sympathy for the Lawyer, nos dicen: “En términos generales para que recibas un ingreso significativo en Spotify, tus canciones deberán tener más de 300.000 *streams* al mes”. Pues eso. “¿Todavía seguimos pensando que vamos a dominar a las máquinas? La nueva inteligencia humana será trabajar junto con la inteligencia artificial” (Jaramillo y Montenegro, 2019, p. 103). Es una posibilidad, menos apocalíptica que lo que nos muestra mucha de la obra literaria y audiovisual de ciencia ficción. En el lenguaje de la ecología acústica y según la clasificación de Bernard (Bernie) Krause, se diferencia entre “(...) tres fuentes básicas de sonido que componen el paisaje sonoro: las generadas por organismos se denominan biofonía; los de categorías naturales no biológicas se clasifican como geofonía, y los producidos por humanos, la antropofonía”[13]. Dentro de la antropofonía, están los “sonidos generados por actividades del ser humano”[14], donde entran las máquinas que crean arte. Luis Álvarez Munárriz escribía en 1999[15] (pp. 134-135): “Siempre se ha sostenido que todo arte depende del pensar, sentir y querer del hombre, es decir, de la capacidad creativa de los seres humanos. Hemos escuchado muchas veces que si se prescinde del hombre, si es sustituido por las máquinas, entonces muere el arte y con él la música”. Pero, como matiza, “esta invitación hacia una fértil síntesis entre música y técnica invita a desterrar cualquier temor a una deshumanización del arte ya que en este nuevo tipo de música existen vías en las que puede tener cabida la creatividad del artista”. Me pregunto qué le depara a medio plazo a la creación musical, a su público, a sus intérpretes. El mercado me preocupa menos (nada, 0).

Rubén López-Cano en su blog a 20 de agosto de 2022: “pese a sus aires y en ocasiones desplantes de grandeza, la verdad es que el conjunto de prácticas y manifestaciones pertenecientes a la gran tradición de la música de arte occidental pierden peso social”[16]. El envejecimiento del público y su “mortalidad”, término que se usa para medir aforos, o la mutación del mercado discográfico, donde, “(...) en la gran mayoría de los casos, los datos se esconden muy bien”. En paralelo, la citada desprofesionalización del músico en el Estado, la desaparición de la “clase media” y el establecimiento de un perfil de músico, experto en su área, que compagina su labor con otra, necesariamente, para poder (sobre)vivir de su oficio. A esto pues se suma esta novedosa presencia de la Inteligencia Artificial en el negocio, que se abre paso a todos los niveles, y llega a la música para, no dentro de mucho, competir de igual a igual componiendo y tocando. Es lo mismo que pasó con los *plugins* que sustituyeron a los humanos y abarataron los costes de las bandas sonoras (no así sus beneficios). Puede que a día de hoy no sea una amenaza y que se desarrolle como otra posibilidad más, o puede que a medio



plazo suplante parte de la interpretación humana. *“I’ve seen things you people wouldn’t believe (...)”*, decía un tal Roy Batty.

El precariado podría acabar con mi amor a la música y la profesión, pero intento que no me ocurra, en una lucha constante, cada vez menor en la medida que cumplo años. Sigo defendiendo que, a pesar de todo, merece la pena, sin duda, a pesar de todo. Los intérpretes somos el último de la fila, y llega lo que llega, claro, las desigualdades crecen exponencialmente paralelamente a la industria. “La certeza absoluta que ofrece esta pandemia es que no es una sola generación en particular la que está rota, jodida o fracasada, sino el propio sistema” (Petersen, 2021, p. 12). La clase media, y la baja de intérpretes musicales desaparece poco a poco. Hay que organizarse (¡insisto!), aunque parezca un imposible mientras haya lobos entre nosotros, una transformación completa. “Las condiciones laborales de mierda producen desgaste, pero el desgaste (...) ayuda a mantener trabajos de mierda”. Hay que romper la rueda, de alguna manera: las estructuras actuales y nuestra actitud de silencio, acatamiento y conversaciones de pasillo, no han servido. Las leyes no nos han respaldado, como se han visto con las ridículas ayudas durante la pandemia que han llegado a los que precisamente menos las necesitaban, es así de duro. Pero, nos queda algo, “(...) la solidaridad: una palabra anticuada que simplemente significa que, una amplia variedad de personas con ideas afines coinciden en que la resistencia es posible” (Petersen, 2021, p. 183).

Este texto, es un desahogo: “a veces, la escritura supone un vivir disparatado y lacónico, también contemplativo, no ajeno a la estrechez de recursos (...). Me pregunto si este arte, por pequeño que sea, sirve de contrapeso frente al mundo del empujón y la barbarie, de la ignorancia y la bestialidad que lo inviste” (Andrés, 2020, p. 1116). Le preguntaban a Nikolaus Harnoncourt en una entrevista realizada por la revista Scherzo en 1989: “¿Cree usted que existe en estos momentos una alternativa viable a la línea inaugurada por usted y otros músicos como Leonhardt?” A lo que él respondió: “Cada generación encontrará un nuevo camino y, naturalmente, surgirá una alternativa. Yo no puedo verla por el momento, pero debe haber una” (Martínez y Gracia, 1989, p. 48).

A finales de septiembre, recibí una carta en mi buzón. Estaba manuscrita, enviada por un tal Antonio M.A. Según dice, Dios pronto acabará con el sufrimiento, cito textualmente: “es conveniente tener un plan por si ocurre un desastre natural, esto puede incluir preparar con la familia un kit de emergencia, y también sería conveniente recordar que dios[17] pronto eliminara[18] todo lo que nos causa dolor y sufrimiento (Apocalipsis 21:3, 4)”. A continuación, la pregunta: “¿Cuándo y cómo actuara[19] Dios[20] para eliminar el sufrimiento?”. A la carta la acompaña un díptico, con tres razones que responden a la pregunta “¿Hay razones para creer lo que dice la Biblia? Sí, al menos tres: Jamás se contradice (...). La franqueza de sus escritores (...). Sus profecías siempre se cumplen (...)”. Tras copiar estos argumentos, procedí a tirar la carta. Otro papel, un hallazgo, ha llamado más mi atención: aprovechando parte de las vacaciones para ordenar cajas, hacer espacio y limpiar, me encontré con un recorte rasgado de una revista (por la tipografía, probablemente de Mondo Sonoro) que decía: “¿Quién quiere escribir una

canción sobre estar arruinado cuando lo puedes hacer sobre un unicornio blanco? Andrew Stockdale de Wolfmother, en NME”.

\* \* \*

#### BIBLOGRAFÍA:

- ALONSO-SÁEZ, Israel y ARANDIA-LOROÑO, Maite. «15 años desde la Declaración de Bolonia. Desarrollo, situación actual y retos del Espacio Europeo de Educación Superior». Revista Iberoamericana de Educación Superior, 2017, 23(8).
- ÁLVAREZ, Luis. «Música e inteligencia artificial. Perspectiva antropológica». Música Oral del Sur: revista internacional, 1999, 4.
- ANDRÉS, Ramón. Filosofía y consuelo de la música. Acantilado, 2020.
- CABANAS, Edgar y ILLOUZ, Eva. Happycracia: Cómo la ciencia y la industria de la felicidad controlan nuestras vidas. Paidós Ibérica, 2021.
- GALEANO, Eduardo. Patas Arriba: La escuela del mundo al revés. Siglo XXI, 2005.
- GÓMEZ Y PATIÑO, María. «Repensando la universidad europea». Revista de Temas sociológicos, 2010, 14.
- JARAMILLO, Diego Alejandro y MONTENEGRO, Diego Ignacio. «De la Inteligencia Artificial al juego de los dioses». Revista ComHumanitas, 2019, 10(3).
- MARTÍNEZ, Enrique y GRACIA, Florentino. «Nikolaus Harnoncourt, la búsqueda de la tradición». Scherzo: revista de música, 1989, 34.
- PETERSEN, Anna Helen. No puedo más: Cómo los millennials se convirtieron en la generación quemada. Capitán Swing, 2021.
- URIBE, Kirmen. Bitartean heldu eskutik. Susa Argitaletxea, 2001.

[1] <https://tinyurl.com/upyxhd6j>

[2] <https://tinyurl.com/nhcecax5>

[3] <https://tinyurl.com/y7wavz56>

[4] <https://tinyurl.com/5n943hfu>:

“I dreamt about children today, too,  
the children of war.

They were going along in a car  
hoping to cross the border, without any grown-ups,  
alone, when they just barely knew how to drive.

Their parents, having despaired,  
preferred their children to die on a highway  
than in the city the bombs daily ripped apart.

They were running away, longing to take advantage  
of the last chance their fate had left them”.

[5] <https://tinyurl.com/ycx8r4de>

[6] <https://tinyurl.com/4yv6dx8y>

[7] <https://tinyurl.com/2twx4pms>

[8] <https://tinyurl.com/39edkss7>

[9] <https://tinyurl.com/4twfefm6>

[10] <https://tinyurl.com/4sm2ry4z>

[11] <https://tinyurl.com/2eea8k7k>

[12] <https://tinyurl.com/2re798s4>

[13] <https://tinyurl.com/2n45dfsz>

[14] <https://tinyurl.com/486wvuf8>

[15] Se entiende la falta de perspectiva de género por la época del texto.

[16] <https://tinyurl.com/mr2y2cd6>

[17] Minúscula en el original.

[18] Sin tilde en el original.

[19] Sin tilde en el original.

[20] Mayúscula en el original.